

# De la economía de los sectores populares a la Economía del Trabajo<sup>1</sup>

José Luis Coraggio

El tema de la economía de los sectores populares debería iniciarse con lo que a la mañana se presentó tan bien: una apreciación de la situación social, de las consecuencias sociales del proceso de reestructuración del capital en esta nueva fase de su vieja búsqueda de la globalización. Se habló de exclusión, se habló, tal vez poco, de pobreza. Porque no sólo hay exclusión del mercado de trabajo sino que los que están consiguiendo algún trabajo lo están haciendo con ingresos sumamente bajos, está bajando el ingreso real de la mayoría de los trabajadores en América Latina, y en todo el mundo, diría yo.

Y como esta situación de necesidad social converge con el desarme de los sistemas de seguridad social que se habían establecido como parte de las luchas y de la propia lógica de los sistemas nacionales de capitalismo industrializante, se agudiza la crisis continua de reproducción, la dificultad para sobrevivir de las mayorías populares. La respuesta para mantener la gobernabilidad de una sociedad que tiende a perder su integración son las Nuevas Políticas Sociales, asistencialistas, clientelares, insuficientes incluso para cubrir el objetivo que se puso el Banco Mundial, en 1990: “aliviar la pobreza”.

Ante esto, las familias de los trabajadores pauperizados si es que no excluidos tanto del trabajo como de sus organizaciones sindicales, a medida que advierten que esta exclusión puede ser permanente, al constatar que cada vez es más difícil volver a conseguir un trabajo asalariado suficiente, si es que alguno, intentan nuevas iniciativas, reaccionan para lograr sobrevivir. Por ejemplo, mujeres y adolescentes dejan sus tareas habituales y salen a buscar trabajo, aumentando la tasa de actividad, es decir la proporción de personas que buscan activamente un trabajo. La tasa de desocupación es tan alta no solo por la insuficiencia de creación de nuevos empleos, sino porque hay más gente que compete en el mercado de trabajo dado que los jefes-hombres del hogar tienen mayor dificultad que las mujeres para conseguir algún trabajo, por los tipos de trabajo que hay disponibles y por las políticas de contratación de las empresas, que buscan minimizar sus costos salariales. Los jóvenes y en muchos casos los niños salen de las escuelas para conseguir algún empleo. Cada vez hay más presencia de niños y adolescentes siguiendo estudios en escuelas nocturnas de adultos, porque la escuela formal les está siendo vedada de hecho.

No sólo la situación actual es mala, sino que la gente tiene pocas expectativas de que pueda cambiar. Ya se pasa a buscar “algún empleo”, de cualquier cosa, aunque no tenga nada que ver con las capacidades y la

---

<sup>1</sup> Ponencia presentada en el **Seminario “Economía dos Setores Populares: Entre a Realidade e a Utopia”**, Organizado por CAPINA, CEADE, CERIS, CESE y la Universidad Católica de Salvador (UCSAL), en Salvador, Bahía, 8-9 de noviembre de 1999.

trayectoria del trabajador. Se aceptan empleos precarios o abiertamente en negro –por su duración, por su bajo salario, por la ausencia de servicios vinculados de seguridad social-. La pérdida de poder relativo de la clase y sus organizaciones hace que los trabajadores tengan poca capacidad para discutir las condiciones mismas del proceso de trabajo. Entonces se busca *algún trabajo* o se busca *algún ingreso*, aunque no sea a través del salario. Esto da lugar a lo que Gabriel mencionó a la mañana: el incremento de los trabajadores por cuenta propia que, para la definición oficial de lo que es la ley, están en general en condiciones de ilegalidad.

Otra de las “estrategias” de supervivencia es el reverso de la medalla de las Nuevas Políticas Sociales: se convierte en una tarea acceder a los paquetes asistencialistas que ofrecen los programas estatales, que crecientemente son directamente de alimentos. En la zona de la universidad de la que vengo, en la periferia de la región metropolitana de Buenos Aires, una encuesta hecha por el Instituto del Conurbano mostró que hay familias para las que su única fuente de sustento son los programas sociales. Se “especializan” en ensamblar distintos programas sociales para poder conseguir algo parecido a una canasta mínima de supervivencia. También utilizan medios ilegales de otro tipo, ocupando el suelo público o privado para resolver el problema de la vivienda, buscando acceso a los servicios por vías ilegales, algo que en Argentina es hoy muy difícil, porque han sido privatizadas las compañías de electricidad, de agua, de gas, de teléfono, de transporte, etc. Y esas empresas privadas tiene una policía privada muy eficaz que impide que la gente pueda colgarse de la línea de teléfono o de la línea eléctrica o subir al tren sin boleto. Hay por supuesto también, las formas como el robo o el hurto que son otra manera de recuperar una parte de dinero o de recursos que les confisca un sistema injusto aparentemente legal. Si bien la pobreza no genera mecánicamente la delincuencia, pues a nivel individual hay respuestas muy distintas, está claro estadísticamente que sí están asociadas. Y están por supuesto, las ofertas del escapismo de la droga y la participación en los beneficios y las relaciones maffiosas del tráfico. O la prostitución... También se puede vender ocasionalmente el voto o la presencia en actos políticos por dinero o un paquete de comida. Esto es sólo un aspecto de la mercantilización de la política, donde muchos candidatos venden su imagen usando métodos de *marketing* y tratan a los ciudadanos como *clientes* que una vez que “compran” no tienen posibilidad de mayores reclamos por la calidad del producto que realmente obtienen. ¿Debemos ver esto como una “actividad económica legal” por no ser perseguida por policías y jueces?

Por el otro lado, una parte muy importante de las actividades económicas de los sectores populares está empujada a la ilegalidad, cuyos costos no puede afrontar con sus escasos ingresos. Esto incluye actividades productivas para el mercado o asume otras formas de generar recursos y acceso a derechos humanos elementales, como la autoconstrucción en terrenos ocupados ilegalmente, trasgrediendo zonificaciones, muchas veces en desmedro de la propia salud. La exclusión del trabajo aparece hoy como el fenómeno que caracteriza la cuestión social que genera la reestructuración capitalista, pero incluso aunque se tuviera trabajo, hay una evidente historia de acumulación de diversas exclusiones de amplios sectores rurales, y cada vez más urbanos, de un habitat, servicios de salud y educación adecuadas, por nombrar sólo tres condiciones esenciales para la vida en sociedad.

Para poder analizar y reconstruir conceptualmente este mundo de economía popular que emerge de la iteración de las continuas rupturas impuestas a su cotidianeidad por la reestructuración global del capital y los comportamientos reactivos de la población trabajadora pugnando por reproducir su vida, es muy importante advertir que la unidad de análisis económico no tiene que ser el individuo cuentapropista ni tampoco la microempresa. Si la perspectiva es la de la reproducción de la vida, la unidad de análisis más conducente es lo que los antropólogos denominan la unidad doméstica. La familia -nuclear o extendida- basada en relaciones de consanguinidad y afinidad, es la modalidad más generalizada, pero no única, de unidad doméstica. Las transformaciones que se experimentan hacen incluso que esa forma de organización de la reproducción se modifique: cada vez hay menor proporción de familias nucleares completas, cada vez son más las familias con madre sola. Así se verifica, por lo menos, en el caso de la Región Metropolitana de Buenos Aires.

La unidad doméstica es la microunidad de organización de los sistemas de re-producción, la célula de la economía popular, de la misma manera que las empresas son las microunidades de reproducción del capital, las células de la economía capitalista. Esta unidad doméstica que, como dijimos, puede estar formada por personas vinculadas por consanguinidad, puede también ser unipersonal, o puede ser multifamiliar, o estar formada por amigos o por comunidades étnicas (como los grupos de Otavaleños en Ecuador), de vecinos, de grupos que se unen libremente para cooperar, o agregaciones solidarias de otro tipo que comparten recursos y articulan estrategias explícitas o implícitas para reproducir su vida colectiva. En todos los casos, sus miembros combinan todos o parte de sus recursos para satisfacer colectiva y solidariamente necesidades del conjunto (esto las hace “hogar” en el sentido de los sistemas de encuestas oficiales). Pueden tener diversas reglas de distribución interna y muy variados grados de conciencia sobre lo que los analistas califican su “estrategia”.

Lo fundamental de las unidades domésticas que conforman la economía de los sectores populares es que, aunque pueden contar con otros recursos, el principal es lo que llamamos su **FONDO DE TRABAJO**, es decir, el conjunto de capacidades de los miembros de esta unidad doméstica para anticipar productos que satisfacen sus necesidades y trabajar para lograrlos directamente o a través del intercambio con otros trabajos o productos. Este fondo de trabajo se puede hacer efectivo de diversas maneras para lograr la reproducción de los miembros de la unidad doméstica. Puede ser a través del **trabajo asalariado**, es decir, la venta de la fuerza de trabajo individual o colectiva (como en los cosecheros en las economías rurales) por un salario. Puede estar al servicio de una empresa capitalista, de alguna organización estatal, de una ONG, de una organización corporativa, etc. o puede estar trabajando para otras unidades domésticas con (servicio doméstico).

Otra alternativa es realizarlo como **trabajo que produce bienes o servicios como mercancías** que son vendidas a cambio de un precio. Ya no se trata de la venta de la fuerza de trabajo sino de la venta de los productos o servicios para uno o más clientes. En este caso, la unidad doméstica puede tomar la forma ad-hoc de un microemprendimiento, que puede ser individual o colectivo. Aquí es muy importante tener presente que aunque este

microemprendimiento puede aparecer separado del hogar, incluso operando en otro local (aunque muchas veces existe en la misma vivienda de la unidad doméstica, y esto es una característica fuerte del hábitat popular), no es en realidad una “empresa capitalista chiquita o ineficiente”, sino que es una extensión de la unidad doméstica, cuyo objetivo no es acumular *per se* sino mantener y mejorar la calidad de vida de sus miembros a lo largo de su trayectoria vital.

No reconocer esto es una de las razones por las cuales fracasan tanto los planes de apoyo a los microemprendimientos, porque los tratan como empresas subdesarrolladas, quieren convertirlos en empresas de veras, quieren capacitarlos para ser empresas capitalistas chiquitas. Por ejemplo, les dan cursos de contabilidad, les enseñan a separar, o quieren enseñarles a separar, la economía de la empresa de la economía del hogar, no pueden aceptar que del mismo bolsillo salga el dinero para comprar los productos que se revenden o que salga lo necesario para resolver las necesidades o las catástrofes de una familia.

Cuando mediante la cooperación alcanzan una escala mayor y un grado de organización superior, los emprendimientos de trabajadores pueden comenzar a separar formalmente la economía de la producción de la economía de la reproducción de sus miembros –como cuando se distribuyen ingresos insuficientes para la reproducción de sus miembros a fin de posibilitar la supervivencia de la cooperativa- pero en situaciones críticas vuelve a manifestarse abiertamente la unidad profunda entre producción y reproducción. Esa unidad es la que da sentido a la economía humana y es la que el mercado capitalista pretende y requiere separar a nivel microeconómico, desarrollando la división del trabajo al punto de generar crisis macroeconómicas cuando esa unidad entre producción y reproducción entra a fracturarse al desajustarse los flujos agregados y sectoriales de oferta y demanda que va generando el libre accionar de los agentes.

Un responsable de programas para microemprendimientos me decía alguna vez, que uno de sus principales problemas era que no había empresa que pudiera resistir cuando, por ejemplo, ante la muerte de un familiar se usaba para pagar el entierro el dinero que debía estar reservado para hacer funcionar el emprendimiento cotidianamente. Por eso les enseñan contabilidad y tratan de cambiar esos comportamientos vistos como ineficientes e irracionales. Para ellos, la racionalidad de la reproducción de la vida no debería subordinar la racionalidad del negocio, de la ganancia. En realidad, en esa lucha por tratar de separar la empresa de la unidad doméstica, por separar la producción de la reproducción, al empresario o empresaria de su familia o de su comunidad, se destruyen muchas capacidades y recursos y se aumenta el riesgo, como muestra la baja tasa de supervivencia de las microempresas que son procesadas de esta manera.

Volviendo a los usos del fondo de trabajo: el trabajo asalariado y el trabajo independiente productor de mercancías, ambas formas son formas mercantiles y pecuniarias, pues pasan por el mercado –de trabajo o de bienes y servicios- y finalmente permiten obtener dinero –el dinero-salario o el dinero-precio de los bienes y servicios- y ese dinero-ingreso de los miembros de la unidad doméstica se usa para comprar los medios de vida o los medios de producción que requiere la producción-reproducción de la unidad doméstica.

Otra manera de utilizarlo es el trabajo para el autoconsumo, dirigido a producir bienes o servicios que son *consumidos por la misma unidad*, que no van al mercado, sino que son directamente producidos como valores de uso para los productores y no pasan por la forma dinero. Es el caso del trabajo de limpieza, el trabajo de cocina, el trabajo de cuidado de los niños, el trabajo del huerto, de arreglo y confección de ropa, el trabajo de construcción de muebles y de la propia casa, etc. etc. Todo este trabajo no pasa por el mercado ni la forma de dinero, y contribuye directamente a la reproducción de la unidad doméstica (lo que en el uso habitual del lenguaje se denominaría “trabajo doméstico”). Por eso lo denominamos **trabajo de reproducción propiamente dicho**. Esta categoría incluye también formas ampliadas: **el trabajo solidario para producir bienes o servicios de consumo colectivo**, como por ejemplo cuando grupos más amplios de distintas unidades domésticas de un barrio o de una zona se ponen de acuerdo para resolver alguna de las necesidades comunes, como hacer alguna obra de infraestructura, o traer el agua, o resolver problemas de seguridad, o problemas de instalaciones para el deporte, etc, etc.

Finalmente, está el trabajo dedicado a invertir en las mismas capacidades de los trabajadores, de los miembros de la comunidad doméstica, potenciando sus habilidades y destrezas para diagnosticar problemas y comprender situaciones, para organizar y organizarse, para producir, para consumir con otra racionalidad, etc. un trabajo que debemos ver como una inversión: el trabajo de estudio, de capacitación, el **trabajo de formación para el desarrollo de las capacidades individuales o colectivas**.

Además del fondo de trabajo, las unidades domésticas tienen **MEDIOS DE PRODUCCION O DE REPRODUCCION**, pueden tener algunas maquinarias, pueden tener instrumentos, su propia vivienda que es -los urbanistas deberían comprenderlo bien-, un lugar de reproducción pero también de producción (aquí se manifiesta territorialmente la tendencia de los sectores populares a mantener la unidad entre estas dos funciones). Pueden tener un terrenito para producir hortalizas, aves o cerdos, incluso en zonas urbanas. Estos son recursos que tienen las unidades domésticas cuya valorización o cuyo valor de uso depende mucho del contexto, del habitat del que forman parte. Una vivienda en una zona de buen acceso, bien iluminada, con buena seguridad barrial, es un activo muy importante que puede valorizarse directamente (a través de su venta), o indirectamente (permite poner un comercio rentable) o tener otro valor de uso (calidad de vida que permite el habitat).

El listado de bienes y servicios que generan las múltiples formas del trabajo es amplísimo, incluyendo desde bienes y servicios elementales hasta otros de alta sofisticación (como los bienes artísticos), desde productos de pequeño valor hasta otros de gran peso económico como la vivienda, y es evidente que en las dos últimas décadas el capital ha venido compitiendo por ganar los mercados que, aunque de bajos ingresos individuales, son de alcance masivo, no sólo expulsando mano de obra mediante la automatización y robotización sino destruyendo la competencia popular en rubros que eran tradicionales: el comercio minorista, el pequeño restaurant, el taller de reparación, etc. Sólo la imposibilidad de comprar por falta de ingresos parece hacer emerger otros estilos de intercambio (como el trueque) y desarrollar otras formas de producción (trabajo para el autoconsumo individual o colectivo) y circulación (redes de abastecimiento para bajar costos de vida). De lo que se

trata ahora es de potenciar activamente la capacidad del trabajo para contraponerse a esas tendencias destructoras de la vida.

En la economía de los sectores populares también se realizan **TRANSFERENCIAS MONETARIAS Y NO MONETARIAS** -en especie-, con otras unidades domésticas, como es el caso de las ayudas, como las que se dan de una unidad doméstica a otra de la misma gran familia. Por ejemplo, la ayuda que un hermano le da al hogar de una hermana porque ésta cuida a sus padres, o el padre de los niños a la mujer de la que se separó. Pero aparte de las redes de transferencias entre las unidades domésticas, hay transferencias con organizaciones de la sociedad civil (sociedades filantrópicas, ONGs, etc) o del sector público, bajo la forma de programas sociales, que pueden consistir en subsidios en dinero, o en servicios gratuitos o a precios subsidiados (educación, salud), o en paquetes de comida o materiales para la construcción, u otros bienes y servicios sin contrapartida equivalente monetaria o de trabajo (en algunos casos los programas de trabajo comunitario subsidiado de algún modo intentan transferir ingresos a cambio de algunos trabajos útiles para la comunidad).

Pero no sólo reciben o transfieren entre sí. Las unidades domésticas populares también transfieren recursos monetarios al resto del sistema económico. En el caso particular de Argentina esto es dramático, porque el sistema fiscal argentino es enormemente regresivo, una persona puede estar ganando un millón de dólares al mes y paga a lo mejor el dos por ciento de sus ingresos porque evade la ley impositiva pues tiene recursos para hacerlo, mientras otra persona puede ganar y gastar apenas cien dólares por mes y paga al menos el veintiuno por ciento, que es el IVA o impuesto al consumo, y como los cien pesos van a ser gastados todos en consumo, y este tipo de impuestos está bastante controlado, todos los pobres hoy pagan impuestos a su consumo mínimo. Sería interesante que los economistas hiciéramos este balance de las transferencias, ver cuánto de los programas sociales que van hacia la economía popular lo han pagado las mismas economías populares con sus transferencias, con sus impuestos.

La capacidad que tienen las unidades domésticas para mejorar sus condiciones de vida y para acumular recursos depende de varios factores. De la composición y calidad de las capacidades objetivas de trabajo con que cuentan. Pero también va a depender de la valoración que la sociedad haga de esas capacidades. Uno de los fenómenos que se mencionó hoy es que una parte muy importante de las capacidades acumuladas en el fondo de trabajo de las unidades domésticas ha sido desvalorizada por la revolución tecnológica, con lo que no tienen un comprador que pague un precio suficiente en el mercado, o pueden no tener ninguno, de modo que tienen que malvender sus capacidades o no encuentran empleo en absoluto. Muchos dejan de buscar trabajo, pero no porque no lo necesiten. Terminan desalentados, como indica la nueva jerga de los analistas de encuestas de hogares.

Otro factor que juega son las condiciones subjetivas para la realización de esas capacidades y recursos actuales y potenciales, y esto incluye un factor importante, que es la misma autopercepción que tienen las personas y las unidades domésticas de sus capacidades, la comprensión que tienen o comparten de la situación, la propia y la del contexto. Y de cuáles son las causas y cuáles las posibles evoluciones de estas situaciones. Evidentemente que, en un proceso reactivo, continuamente centrado en el presente, sin una

perspectiva de futuro, se pueden pensar acciones muy distintas que si hay una perspectiva de evolución futura de otro tipo.

El conocimiento de las normas jurídicas es también un recurso importante, como lo es el de las normas morales imperantes, que establecen qué acciones son legales y/o correctas, qué derechos y obligaciones tienen los ciudadanos, y los mecanismos para su efectivización. Tal vez en Brasil no está tan acentuado porque tiene una historia aun reciente de lucha por los derechos en la Constituyente, pero en el caso de la Argentina, la cultura de los derechos está bastante perdida, mucha gente no sabe que tiene derechos o cree que no puede efectivizarlos, o sea, no considera que es un ciudadano y que tiene derechos que según la Constitución el Estado debería garantizar.

En adición, la disposición a tomar la iniciativa, actuando para modificar su propia situación, para modificar su contexto y, en particular, la disposición a participar en acciones comunitarias: de reordenamiento del hábitat, por ejemplo, o de movilizarse para reivindicar derechos, son factores que juegan en las posibilidades de las unidades domésticas de resolver de una o otra manera sus condiciones de sobrevivencia.

El acceso a información pertinente, para identificar opciones posibles, conocimiento sobre los mercados, conocimiento sobre las tecnologías disponibles, sobre las reglas formales o informales de los sistemas comunitarios y públicos que permiten acceder a los medios de producción y de vida es otro factor de creciente importancia. Una de las cosas que encontramos en la encuesta que les mencioné es que, así como había gente que tenía pleno conocimiento de todos los programas sociales, había otras personas que los ignoraba totalmente, y este desconocimiento hace una diferencia para la economía de la unidad doméstica.

Otro elemento es la capacidad de obtener e interpretar información pertinente para identificar posibilidades y para convertir ideas en proyectos viables, o el contar con una red de conocidos, de contactos y redes de información que sean conducentes para conseguir empleo, clientes, subsidios, o lo que sea necesario. En términos más sofisticados, tener un capital de conocimiento y un capital social.

Como vemos, hay elementos materiales y elementos subjetivos que condicionan las posibilidades de una unidad doméstica para resolver sus necesidades en esta crisis de reproducción. Por supuesto, la participación en las luchas mas tradicionales, la sindical por el salario y las condiciones de trabajo o por los paquetes sociales que acompañan el salario, los movimientos reivindicatorios de base territorial, étnica, etc. debe ser vistos como parte de las estrategias de supervivencia de las unidades domesticas, y también requieren que una parte de las capacidades y competencias de su fondo de trabajo sean utilizadas para ello.

En el caso de los sectores de más bajos ingresos, una característica que observamos también a través de las encuestas es que la combinación de bajos salarios, incertidumbre y extrema necesidad los lleva a buscar, o los obliga a aceptar, posibilidades de incrementar marginalmente sus ingresos mediante jornadas muy largas o dobles trabajos. Por eso las estadísticas muestran que, a la vez que hay mucho desempleo y subempleo, también hay un sector con mucho sobretrabajo. Otra de las cosas que muestran estos estudios es que el ciclo "percepción de ingresos-gasto en bienes de consumo" es muy corto; puede ser apenas de horas. Por lo tanto, las opciones que se tienen para

comprar son muy limitadas, lo que lleva a la compra de productos de baja calidad o con préstamos a intereses usurarios, provocando un deterioro adicional de sus condiciones de vida.

Además de las diversas formas que toma el uso del fondo de trabajo para obtener recursos: el asalariado, el productor de mercancías, el de reproducción propiamente dicho, el de formación y el que podríamos agregar de gestión o reivindicación colectiva, las unidades domésticas usan parte de sus capacidades y de su energía en realizar actividades que de por sí son necesarias para la vida, sin pasar por producir valores de uso o mercancías separables. Esto incluye actividades como hacer deporte, participar en fiestas, etc, algo que debe ser tenido en cuenta en el registro de la economía popular cuyo sentido es la reproducción de la vida con una calidad creciente, algo que no pasa solamente por el acceso a mercancías. Por ejemplo, si las funciones de cine que comercializa una empresa privada están registradas como una actividad económica, ¿por qué no lo están las actividades no pecuniarias que resuelven el problema de la diversión o la sociabilidad?

Estas unidades económicas a las que nos referimos son de **trabajadores**, es decir, de personas que dependen para su reproducción a nivel simple o ampliada de la realización continua de su fuerza de trabajo, de su fondo de trabajo. El hecho de que los resultados del trabajo se prolonguen en el tiempo, como es el caso de las pensiones y jubilaciones, que en la sociedad moderna se organizó mediante la reserva de una parte de los ingresos para generar un fondo de mantenimiento de los trabajadores que se retiran, no cambia este concepto, sólo nos llevará a registrar no jornadas (fragmentos) sino vidas completa de trabajo.

Vamos a llamar **reproducción simple** al mantenimiento de la vida de los miembros de una unidad doméstica en un nivel históricamente variable pero que en cada época y cultura es el moralmente aceptado como mínimo para la reproducción de estas familias o unidades domésticas. El concepto de **reproducción ampliada**, en cambio, denota que hay una mejoría de la calidad de vida. En otros términos: reproducción ampliada implica ir mejorando esta calidad de vida a lo largo del período considerado por el análisis. A partir de niveles muy bajos de ingreso, y para el conjunto de las clases trabajadoras, esto suele implicar mayores ingresos o mayor acceso a bienes cuasi públicos (educación, salud, etc.) por otras vías. Pero la reproducción ampliada no necesariamente implica tener acceso a más ingreso monetario, ni siquiera a mayor masa de bienes materiales. La calidad de vida puede mejorar por un cambio, precisamente, en la calidad del consumo, en los patrones de relación social, en el habitat, en el contexto que nutre a la vida de las unidades domésticas.

Algo que hoy esta pasando y que hace que muchos analistas se pregunten cómo sobrevive la gente, e incluso lleguen a exaltar la creatividad de la gente empobrecida para sobrevivir, es que se sobrevive degradando la calidad de vida. Se logra una sobrevivencia biológica pero no social, la calidad de vida personal y social se deteriora. Esto puede fácilmente ejemplificarse con los indicadores de morbilidad que aumentan o regresan a épocas pretéritas sin que por eso aumente la mortalidad o descienda la esperanza de vida al nacer. Con difundir la vacunación ya se logran impactos importantes en los indicadores, pero esto no implica que la vida de los supervivientes no sea miserable. Esto no se aplica sólo a los sectores de extrema pobreza. Por



ejemplo, en esta década se dio en una magnitud muy importante en la Argentina con los sectores medios urbanos, hay un empobrecimiento muy claro de una parte amplia de la clase media que generó el sistema industrialista.

Siempre surge la pregunta: si hablamos de sectores “populares” ¿qué unidades domésticas incluimos? Porque si fueran todas las unidades domésticas, estaríamos hablando de toda la sociedad. Podemos plantearlo al revés: ¿qué unidades domésticas no incluimos en esto que llamamos economía de los sectores populares? No incluimos las unidades domésticas que llamamos “rentistas”, que no dependen para su reproducción de la continua realización de su trabajo ni de las pensiones derivadas del trabajo realizado en el pasado. Son unidades domésticas que viven de una parte de los ingresos que se derivan de capitales financieros o propiedades que les permiten percibir intereses o rentas urbanas o rurales, o que son socios, accionistas o dueños de empresas capitalistas, participando en sus ganancias. Esta caracterización siempre tiene zonas grises, como los que perciben o complementan el equivalente de una pensión mediante los alquileres de una casa adicional a la propia, los intereses de sus ahorritos puestos en un banco, o ahora crecientemente los rendimientos de su participación en fondos financieros con los ahorros de su trabajo. O el siempre mencionado caso del propietario de un pequeño taller que contrata obreros pero él mismo trabaja. A estas dificultades, que tiene la operacionalización de toda clasificación (pensemos si no en la de microemprendimientos, en la pequeña o mediana empresa, o la de sector formal/informal, o la más tradicional de clase obrera y los problemas para ubicar a los empleados públicos, los trabajadores de los servicios en general, los desocupados, los capataces, etc. o toda la discusión que siempre hubo acerca de la categoría de clase media).

Otra dificultad es la ubicación de una unidad doméstica completa en una u otra categoría de clasificación, cuando diversos miembros pueden tener diversas inserciones socioeconómicas. Pero eso ocurre hasta con las personas con dos trabajos. Y tanto a nivel de la unidad doméstica como de los individuos, está además el problema de la trayectoria de trabajo variando de categorías durante la vida, algo que tiene relevancia cuando se intenta cruzar la variable socioocupacional con otras variables, como las disposiciones o valores, etc. En todo caso, es de esperar que cada unidad doméstica combine de manera particular sus recursos y capacidades, que las combine de manera distinta y se inserte de distinta manera a lo largo de su ciclo vital, y que tenga una trayectoria y una calidad de vida variable como resultado de su inserción en un contexto también cambiante.

El conjunto de las unidades domésticas de trabajadores abarca -tal como lo estamos definiendo- un espectro social muy amplio. No es sólo la economía de los pobres; incluye profesionales, profesores, comerciantes, artesanos, artistas, que pueden tener un ingreso muy diverso en su forma, frecuencia y nivel, pero que en todos los casos no han acumulado suficiente como para vivir sin trabajar y mantenerse en un trayecto de reproducción ampliada. Además hay una enorme diversidad de valores. Este conjunto no puede ser visto como un sujeto que corresponda a una clase que puede ser tratada como homogénea ni siquiera a nivel teórico.

Si pasamos entonces del nivel micro, de la unidad doméstica, al conjunto de todo este sector y lo llamamos economía popular o **economía de los**

**sectores populares** como lo denominaron los organizadores de este seminario (me gusta esa denominación), estamos hablando del conjunto de las unidades domésticas de trabajadores y por tanto del conjunto de los recursos que comandan, de las capacidades que tienen, de la estructura de sus actividades, de la estructura y calidad de su oferta de fuerza del trabajo en el mercado, de su estructura de ingresos -salarios, entradas netas por la producción y/o venta de bienes o servicios, pequeñas transferencias monetarias entre unidades domésticas-; la estructura y términos del intercambio con la economía empresarial capitalista; la estructura y resultado neto de las transferencias del sector con la economía estatal (como los impuestos que contribuye y las transferencias o subsidios que recibe), la estructura de distribución de las unidades de la economía popular según formas y capas de ingreso. También incluye establecer en qué grado se autosostiene como subsistema de la economía, en que medida genera por sí misma bienes y servicios para satisfacer las necesidades de sus miembros y para abastecerse de recursos productivos de modo de reproducirse, y en qué medida sus diversos subsectores o capas lo hacen a escala simple o ampliada

El análisis de esta economía incluye también las **reglas de distribución** –a nivel micro y macro- de los resultados entre sus miembros, sus valores y sus conocimientos, los **proyectos** con los que orientan sus actividades. Encontraríamos posiblemente pertinente aplicar aquí el concepto de anomia, la idea de que ante el cambio vertiginoso que genera la reestructuración del capital no hay un sistema de valores y reglas claro con respecto a qué es lo que se debe hacer para sobrevivir. Valga el ejemplo de la incertidumbre respecto a las consecuencias de realizar estudios, o las perspectivas de estar cubierto al pasar a la pasividad como trabajador, en comparación con la visión que se tenía en los 60' o 70'.

El análisis de este conjunto incluye sus agrupamientos, sus agregaciones, sus organizaciones, sus redes, sus relaciones y la naturaleza de estas relaciones. Por ejemplo, como hoy se dijo, puede darse una feroz competencia entre unidades domésticas en la lucha por la supervivencia, incluso con violencia, o en cambio estimularse la cooperación y la solidaridad, pueden predominar las relaciones de reciprocidad o las relaciones asimétricas de intercambio, puede acentuarse la explotación del trabajo ajeno bajo diversas formas, algunas no ajenas a las tradiciones de la economía popular. Porque dentro de las familias puede haber explotación, no del capital por el trabajo pero si de la mujer por el hombre o de los niños por los adultos. También dentro del conjunto de la economía de los sectores populares podemos encontrar relaciones de explotación interétnicas o urbano-rurales, o que los socios de una cooperativa de producción exploten el trabajo de un sector asalariado o de otras empresas con las que subcontratan, etc. etc.

Hay que analizar si existen sistemas de regulación dentro de las diversas ramas o segmentos de la economía popular. Por ejemplo, si los mismos trabajadores controlan la entrada de nuevos oferentes a determinado mercado para controlar la excesiva competencia, como puede ser lo que a veces se da en el comercio callejero o los transportistas de pasajeros en determinados sitios.

Todo esto podemos analizarlo, todo esto podemos describirlo, es muy heterogéneo y a mi juicio lo que encontramos no es idealizable ni la propuesta puede ser extenderlo o incluir en el sector de trabajo independiente más

trabajadores que van siendo expulsados del mercado de trabajo asalariado. No se puede decir que a diferencia del mundo de las empresas, que es un mundo de explotación y competencia, éste es un mundo de valores positivos, un mundo de la solidaridad. No lo es ni lo puede ser porque es parte de una sociedad capitalista, y por tanto es en parte resultado de la subordinación cultural dentro del sistema capitalista. De lo que se trata es de transformarlo.

Es importante como punto de partida visualizar la totalidad en que se ubica este sector. Esta economía popular, inorgánica, anómica, empobrecida, cruzada por contradicciones internas, se confronta con dos sistemas (no meros conjuntos): un sistema de **economía empresarial capitalista** que, si bien tiene fuertes contradicciones en su interior, es mucho más orgánico y con una fuerte estructuración e institucionalización de sus fracciones más centralizadas, y un sistema de **economía pública** altamente institucionalizado aunque con contradicciones internas inter e intranivel jurisdiccional, y actualmente pasando por un proceso aún incompleto de reforma comandado desde el programa neoliberal.

Si contrastamos la estructura del sistema empresarial, la estructura del sistema público y la estructura de la economía popular, encontramos enormes diferencias: en el nivel de organización, en el nivel de los recursos que controlan, en el poder que pueden ejercer actualmente sobre el resto de la economía. Lo que vamos a plantear es que para limitar las consecuencias destructoras de la vida de parte del capital-dinero y de parte del capital-político es preciso que ese conjunto magmático que conforma la economía de los sectores populares se transforme y desarrolle hasta conformar **un sistema de economía del trabajo**, capaz de confrontar en otros términos a la economía del capital y la economía pública.

No se si ustedes advierten que incluso la visión de la economía popular que planteamos como punto de partida no es la que la reduce al sector informal. Cuando se habla del sector informal generalmente se excluye al trabajo asalariado, al trabajo formal. Aquí nos hemos referido al conjunto de la economía de los sectores populares, cuyas unidades domésticas pueden insertarse en el sistema de división del trabajo mediado por el mercado, ya sea vendiendo el trabajo asalariado o vendiendo bienes o servicios, que pueden trabajar cooperativamente para producir valores de uso y resolver sus necesidades de manera directa, etc. etc.

Si extendemos la visión que tuvimos a la mañana sobre qué está pasando con el contexto, si mantenemos las tendencias empíricas y las prolongamos en el tiempo, lo que podemos anticipar es una gran catástrofe societal, es decir, lo que se ve venir es peor y peor. No se ve un regreso al modelo anterior ni una superación natural del actual.

Estas interpretaciones catastrofistas nos ponen en la terrible situación de tener como fuente de esperanza que estos procesos entren en crisis. En realidad, deberíamos decir "que el capital entre en crisis", porque los sectores populares ya están en crisis de reproducción de su vida hace mucho tiempo. Esperar que el capital, sus balances macroeconómicos, sus indicadores de bolsa, etc., entren en crisis, es al mismo tiempo temer que entre en crisis, porque cuando esas crisis son administradas desde la cúpula de las clases dirigentes, las consecuencias las pagan los sectores populares. A la vez se piensa que si esto no entra en crisis, si, como dicen los economistas del

establishment, los modelos económicos están funcionando bien, parecería que la situación social no va a cambiar o va a deteriorarse más.

Este pensamiento catastrofista tiene como consecuencia que es paralizante. Se vuelve difícil pensar alternativas sociales, alternativas a esta totalidad globalizante que también nos describían hoy. Y lo primero que necesitamos es recuperar la imaginación, poder imaginarnos otra realidad, otras posibilidades que todavía no existen. Cuando en el campo popular se plantean alternativas, cambios en lo pobre pero aparentemente seguro, siempre se reclaman ejemplos concretos, ya probados, ya existentes, hay un gran temor a innovar, a correr riesgos. Esto tiene como trasfondo estas décadas de terror, de represión política y económica con impunidad, de pérdida de derechos ante la aplanadora conservadora, de pérdida de eficacia de muchas identidades colectivas que no pudieron anticipar ni adecuarse a las transformaciones del sistema capitalista. Pero es difícil contraponerse a la fuerza innovadora del capital sin innovar desde el campo popular, sin refundar valores, proyectos y prácticas.

Quiero dejar sentada la enorme modestia de todo lo que voy a decir ahora, porque son solamente hipótesis que me parece que sirven para pensar otras alternativas. No estoy pretendiendo que esto sea una teoría, no estoy pretendiendo que esto sea un modelo. Para predecir un futuro distinto no podemos quedarnos con las tendencias de superficie, con lo empírico existente. Es necesario, como dijimos, conjeturar otros desarrollo posibles. La hipótesis que queremos discutir es que desde este mundo magmático de la economía de los sectores populares, es posible que emerjan estructuras más eficaces y eficientes para la reproducción de la vida, que eso puede darse con mucha mayor rapidez y seguridad si se ejerce una acción colectiva suficientemente fuerte y orientada por un paradigma de desarrollo humano.

Al decir esto, en este momento del pensamiento propositivo, no estamos anticipando la posibilidad de un nuevo sistema totalizador, que sustituya al capitalista, sino en llegar a un sistema mixto, con tres subsistemas, siendo uno de ellos el conjunto integrado de múltiples actividades comandadas por los trabajadores, que vamos a llamar **economía del trabajo** porque está centrado en el trabajo como principal recurso, aunque no como único recurso. Un subsistema cuya lógica no es la de la acumulación del capital dinero ni la acumulación del capital político, sino la del capital humano: la reproducción ampliada de la vida de todos. Ya no estamos hablando de una unidad doméstica que esta centrada en la reproducción de la vida de sus miembros particulares, ni tampoco del conjunto agregado de dichas células de reproducción, estamos hablando de un sector de la economía estructurado, organizado y autoregulado para obtener la reproducción ampliada de *todos* los miembros de la sociedad. Obviamente no necesitamos hacernos cargo de la vida de los capitalistas o los grandes rentistas, sino que sería básicamente de los trabajadores y sus vidas de lo que se haría cargo esta economía del trabajo.

En la ponencia inicial que hoy nos presentó Gabriel, nos preguntaba por el destino de la economía de los sectores populares. Para mí la palabra "destino" tiene connotaciones deterministas que prefiero evitar, prefiero hablar de "posibilidades" cuya efectivización requiere de la voluntad social y política. ¿Qué posibilidades de otro desarrollo tiene esta economía de los sectores

populares? Sobre todo, qué posibilidades podemos prefigurar en que no sólo nosotros sino los sujetos-agentes puedan considerar viables, que sean plausibles y movilizadoras. Para esto, los involucrados deben poder confiar en experimentarlas en el término de sus vidas, en verlas realizadas. No se trata entonces de una posibilidad sin plazos, pensable sólo en el infinito, sino como una posibilidad real a nuestro alcance. Una propuesta de la que podamos reconocer sus concreciones, advertir en cada caso si vamos avanzando hacia ella o nos estamos alejando de ella. En otras palabras, que pueda orientar nuestras prácticas, mostrando y permitiendo evaluar resultados, aprendiendo de la experiencia reflexiva, para rectificar reglas y rumbos particulares a medida que los sujetos colectivos van recomponiéndose junto con las nuevas estructuras. Una propuesta que pueda concretarse a partir del análisis concreto de cada situación concreta.

Pienso en veinte años. No estoy pensando para el próximo milenio, no estoy pensando para el próximo siglo, sino para los próximos veinte años. Esto permite personalizar en la generación que debe hacerse cargo de esa posibilidad, los hoy jóvenes, los hoy adolescentes que serían los que asuman el papel de agentes activos principales de esta nueva economía, de esos nuevos valores, y detrás de ellos vendrían a consolidarla los hoy niños, cuyo aprestamiento para vivir en sociedad ya está en marcha. Y nos toca a los adultos, involucrando desde ahora a los adolescentes, promover y quemar etapas para alcanzar esa posibilidad en una generación, comprometiendo desde ya a los jóvenes como actores protagónicos del cambio. Ese nuevo sistema no podrá eludir considerar los equilibrios macroeconómicos sectoriales y financieros, pero sobretodo deberá prestar atención a los equilibrios sociales, a los equilibrios psíquicos, encarnando otro concepto del interés individual, del sentido de la vida y también otro concepto de la economía como cultura y base material de la vida en sociedad.

No estamos pensando que ese posible sistema de la economía del trabajo deba eliminar y sustituir al sistema empresarial capitalista, sino que se desarrolle en interacción contradictoriamente complementaria con las instituciones y poderes capitalistas, pero bajo otro control político, económico y social, con un poder más limitado y otras responsabilidades sociales del capital. Porque hoy, en una etapa de máxima libertad, el capital manifiesta una voracidad y genera una velocidad de las transformaciones orientadas por la ganancia que generan la exclusión masiva, la anomia, la catástrofe social que se experimenta bajo diversas formas en todos los continentes.

Lo que antes era marginal hoy es exclusión masiva y estructural de un sector muy importante de la sociedad, anulando de hecho la efectividad de la ciudadanía. Esto le genera al sistema capitalista serios problemas para legitimarse, y como no tiene respuesta para reintegrar ese vasto sector que está expulsando y que en algunos casos, viéndolo a escala global, pueden ser continentes enteros como puede ser hoy casi toda el África y mañana amplias regiones de América Latina. Justamente el hecho de que no tenga capacidad para reintegrar la sociedad amplía la viabilidad de realizar posibilidades alternativas, algo que tenemos que tener en cuenta.

Estas tendencias del capital han sido caracterizadas como generadoras de sociedades dualistas. Hoy la ciudad de Buenos Aires, una ciudad de doce millones de habitantes, puede ser vista como dos ciudades superpuestas. Una *ciudad alta* con barrios cerrados en la periferia, conectados por vías rápidas

con la City, con los aeropuertos, la ciudad de los megaemprendimientos inmobiliarios, de los shoppings, de los parques y otros espacios públicos que son ahora negocio privado, la ciudad donde se puede caminar de noche protegidos por la policía, la ciudad de las *discotecas*, con ingresos del primer mundo y servicios modernos donde vienen los turistas y se maravillan de su “estilo europeo”. Por otro lado, una *ciudad baja*, incluso segmentada e incomunicada por los ejes y espacios inaccesibles de la ciudad alta, porque la gente de barrios pobres y medios debe entrar a las autopistas y pagar peaje para comunicarse consigo misma, la ciudad donde recomienza el “crisol de razas” con la presencia de los nuevos inmigrantes, la ciudad de las *bailantas*, mal protegida de la violencia de las maffias y la propia violencia cotidiana, la ciudad donde están esas avanzadas del capital que son los hipermercados, que hacen negocio del comercio minorista de bienes esenciales destruyendo el pequeño comercio y generando una nueva cultura popular del espacio público y la sociabilidad urbana.

Mientras en la ciudad alta el tiempo-espacio se encoge y sus nuevos analistas simbólicos y negociantes viajan cotidianamente en avión a otras metrópolis del Mercosur, integrando no países sino empresas, en la ciudad baja la distancia-tiempo se alarga, y crecientemente la gente no puede salir del barrio si no es caminando, porque no tiene para pagar un boleto, porque el sistema de transporte privatizado la obliga tomar largos y caros caminos para movilizarse, y sus bajos ingresos le impiden hasta buscar trabajo, confirmando su ser habitante del barrio pero no del mundo, una ciudad con ghettos de pobreza institucionalizada a la que se asiste de manera focalizada para que aguante, con fortalezas gobernadas por maffias donde sólo penetran ejércitos y por pocas horas, una ciudad donde es difícil desarrollar comercios porque no resisten tantos asaltos al mes, una ciudad con direcciones que no se pueden dar porque el sólo mencionar donde se vive estigmatiza y cierra el camino al empleo más precario. Mientras una ciudad se comunica por internet y se moviliza en autos siempre renovados, otra se comunica de cara a cara o queda sin voz y se mueve a pie.

Si todo sigue igual, hacia esa ciudad dual se va. Nos están globalizando de forma que la gran sociedad urbana de Buenos Aires tiende a la dualidad, hay una segmentación de la sociedad, y hay también una segmentación de los mercados y las culturas. Y todo esto tensionado por la universalización-homogeneización de la producción simbólica sobre lo que es la buena vida, a través de los medios de comunicación de masas, particularmente de la TV.

Esta posible economía alternativa, la economía del trabajo, sería un sistema que se desarrollaría a partir de la economía de los sectores populares, fortaleciendo sus vinculaciones, capacidades, potenciando sus recursos, su productividad, su calidad, asumiendo nuevas tareas, incorporando y autogestionando los recursos de las políticas sociales de modo de fortalecer los lazos sociales entre sus miembros, sus segmentos, sus microregiones, una economía que estructuralmente distribuya más igualitariamente, que supere esas tendencias a la explotación o a la violencia, que sea un sector de la sociedad más armónico, integrado, con otros valores de solidaridad, con mayor recursos a la cooperación.

No tengo tiempo para desarrollar esto pero en todo caso quisiera afirmar la idea de que esto es posible. Esta predicción de posibilidad no quiere decir que esto va a pasar necesariamente por la propia naturaleza de las cosas.

Puede no pasar, puede no organizarse esta economía del trabajo, puede seguirse como estamos ahora, o peor. Como toda toda predicción de transformación social contraria al movimiento "natural" del capital tiene que ir acompañada de un programa de acción sociopolítica, que se base en la evaluación de los recursos actuales y potenciales, en el estudio de los mecanismos que reproducen hoy la dualidad y la pobreza, que proponga audaz pero responsablemente qué se puede hacer para transformar la economía de los sectores populares en un sistema de economía del trabajo.

Aquí se me ocurre hacer una reflexión: estas propuestas que les planteo no surgen de la especulación académica, sino que son producto de experiencias personales reflexivas. ¿Cómo me inicié en esta problemática de la economía popular? Dos experiencias me llevaron a plantearme nuevas preguntas. Una fue la de la Revolución Sandinista, una revolución muy especial por la convergencia de tres corrientes (la marxista, la nacional y la cristiana) que la hicieron una revolución altamente democrática, extraordinariamente positiva como experiencia para América Latina, lamentablemente abortada por la enorme presión a que fue sometida por el gobierno de Reagan y sus aliados y por la caída del socialismo real. En esa revolución me pareció que, aún en el año 85, seis años después del triunfo sobre el Somocismo, la izquierda revolucionaria todavía no había encontrado las claves para comprender la economía popular. En realidad, creo que algunos sectores de la Revolución Sandinista la comprendían, pero que otros sectores no podía comprender este mundo de la economía popular e incluso lo veían como semillero antirrevolucionario.

Esta es una experiencia que me marcó y que me dijo que deberíamos pensar mejor, comprender mejor qué hacer a partir de esa realidad tan difícil de clasificar, tan rebelde a ser organizada bajo un proceso de transformación societal dirigida centralmente. En el caso de la Revolución Sandinista, esto era tanto más significativo cuando las estadísticas mostraban que una parte muy importante de los que murieron luchando contra Somoza en la insurrección final de Managua eran precisamente parte de los sectores llamados informales urbanos y que posteriormente por sus prácticas de reproducción, por su modo de autogestionar su trabajo, de insertarse en los resquicios que dejaba una economía altamente planificada y regulada (en buena medida por ser una economía de guerra por la agresión externa), fueron caracterizados como resistencia al modelo de nueva sociedad.

Y la otra experiencia son los múltiples encuentros y experiencias propias con ONGs en América Latina, esas que tienen intervenciones cualitativamente maravillosas, como cualitativamente maravillosa era esa macrointervención llamada Revolución Sandinista, pero que en este caso son microintervenciones, que trabajan con treinta familias, que tal vez trabajan con cien familias, que trabajan en redes con pocos elementos y a partir de relaciones muy especializadas, que son de gran calidad pero de un altísimo costo per cápita en términos de voluntad y de activismo invertidos. Una ONG puede tardar diez años en sentir que ha logrado resultados autosustentables trabajando en un solo barrio y eso con la duda perenne de qué pasará si se van del barrio. El contacto con muchas de esas historias y sus resultados me obligó a preguntarme cómo se puede llegar con intervenciones de ese tipo, aisladas y aislables, cuando no en franca competencia entre sí, a resolver de manera

dinámica el problema de cientos de millones de personas excluidas en América latina. Los problemas de la escala y la sinergia.

Y también me impresionó que, trabajando con activistas de la promoción popular, hace diez o quince años coincidían en que, dadas las tendencias ya operantes al empobrecimiento y la desalarización, había que intervenir en lo económico, pero a la vez decían: “de eso no sé”. Ellos trabajaban con la concientización, con la organización, trabajaban con la promoción cultural, con la salud, con la vivienda, pero no podían ver que lo que estaban haciendo ya era económico, que la economía no se reduce a actividades que pasan por el dinero-ingreso. No sabían cómo hacer para que la gente pudiera ganar dinero, y pronto aparecieron los programas de “trabajo e ingreso” como una nueva línea de trabajo.

En realidad, la economía tiene que ver con la resolución de todas las necesidades, las culturales, las simbólicas, las de sociabilidad, y también con necesidades materiales como el acceso a servicios de salud, educación y vivienda aunque no sea a través del mercado y del dinero. Entonces, de hecho, una parte muy importante del trabajo de estas organizaciones tenía que ver con la economía popular, pero no lo percibían así. Ahí se advertía que, incluso para activistas muy concientes y críticos del sistema capitalista, lo económico es lo pecuniario, lo que pasa por el dinero, y esto es una muestra de la dificultad para entender y actuar críticamente respecto a la economía, de por qué se cree que sólo los economistas saben de eso.

Quería simplemente aclarar por qué en lo personal me parecía importante pensar colectivamente en esta posibilidad, que podamos rearticular el pensamiento sobre lo micro y lo macro y en particular que quienes actúan a escala micro puedan enmarcar su acción en una acción colectiva dirigida a transformar macroestructuras, que podamos pensar en las estructuras e instituciones de una economía del trabajo y en los pasos que habría que dar para poder desarrollarlas.

Obviamente que se deben hacer muchas cosas para llegar a conformar un sistema orgánico de economía del trabajo, pero recursos hay, sólo que desde esta perspectiva deberían ser usados más eficientemente. Los recursos materiales y de saberes y capacidades humanas que tiene la economía popular son de por sí muy importantes, así como también en términos del valor monetario efectivamente transado o imputable de la masa de bienes y servicios que producen y de las necesidades que satisfacen, pero esto es insuficiente y para ser reorganizado y potenciado se necesita inyectar recursos nuevos con ese objetivo de transformación estructural.

Una vía es redireccionar paulatinamente los recursos públicos que están dirigidos como subsidios o donaciones a los sectores populares, que están hoy focalizados en los sectores de extrema pobreza como programas asistencialistas, clientelariamente administrados para controlar votos o ganar en gobernabilidad. Es necesario redirigir esos recursos hacia la promoción de un sistema de economía del trabajo a partir de la economía de los sectores populares, autonomizándolos de esa dependencia del asistencialismo que apaga la creatividad y la iniciativa productiva, tanto de sus “beneficiarios” como de los mismos agentes que intermedian la distribución de esos programas, muchas veces Ongs o redes de solidaridad.



Es preciso además sumar otros recursos, y para ello hay que disputar parte del excedente económico que hoy está siendo acumulado por los monopolios y una minoría de altísimos ingresos, haciendo que se revierta hacia la economía popular. Sólo con hacer cumplir las leyes impositivas en nuestros países tendríamos enormes masas de recursos disponibles para promover otras estructuras económicas, basadas en la lógica de la reproducción ampliada de la vida y no en la acumulación de capital, que podrían ser crecientemente autosostenidas por sus propios resultados económicos.

Esa inyección de recursos es necesaria porque para generar nuevas estructuras que puedan sostenerse sinérgicamente hay que lograr complejidad e interdependencia suficiente, algo que no se puede hacer solamente velando por la calidad humana de las relaciones de producción y distribución, como efectivamente logran tantas extraordinarias y ejemplares microintervenciones en el mundo de la economía popular. La transformación ética es algo fundamental pero es insuficiente para lograr un objetivo tan ambicioso. Hace falta también alcanzar una escala adecuada, hace falta una revolución moral para que la sociedad toda decida invertir en la economía popular, mediante fondos para desmercantilizar la educación permanente para todos, créditos responsables, inversiones en infraestructura productiva, de potenciamiento y reencuentro de la producción popular agraria con la urbana, en equipamientos colectivos esenciales para lograr otra calidad de vida, inversión en el redireccionamiento y desarrollo de centros tecnológicos y plataformas de servicios productivos para la economía popular. No es posible pensar que esta es una alternativa que puede efectivizarse sólo en base al trabajo humano desnudo, sin acumulación. Es necesario que la sociedad invierta en esta economía para permitir que el trabajo desarrolle todo su potencial. Y esas inversiones tienen que pasar por la prueba de la eficiencia, pero no en el sentido capitalista de dar ganancias máximas, sino en el sentido de producir los efectos estructurales deseados: productivos, culturales, sociales y políticos, al mínimo costo para la sociedad y no sólo en términos de déficit fiscal.

La economía del trabajo debe articular una diversidad de formas de organización, diferenciadas del modelo de la firma capitalista. Una variedad de emprendimientos individuales, cooperativos, de tipo mercantil y de tipo no mercantil deben ser promovidos. Sería un error pretender que hubiera una única forma de reorganizar la economía popular. Por ejemplo, que la forma micro emprendimiento individual sea la única, o que la forma cooperativa de trabajo, o cooperativa de producción sea la única, o que las redes de autoayuda solidaria sean las únicas promovidas. Todas esas formas y muchas otras deben estar presentes en este desarrollo de la economía popular. Las redes de trueque son otro ejemplo. O, para dar un ejemplo de lo que sería la introyección de valores del desarrollo humano en la economía pública, el Presupuesto Participativo puede ser visto como una institución propia de un sistema mixto de economía del trabajo.

Por supuesto que hay que impulsar las redes, yo no sería tan negativo como me parece se planteó aquí con respecto a las redes. Sin embargo, si las redes son únicamente un espacio virtual de intercambio de experiencias, como tantas veces se da, no es suficiente y puede ser desgastante de la voluntad de participar. No sólo hay que pensar sino hacer juntos. Aprender de la experiencia requiere, claro, un análisis crítico de las experiencias propias y ajenas pero también una continua superación práctica y complejización de las

mismas. Tampoco se trata sólo del intercambio de información o de la producción de ideas, por más que estamos yendo hacia un sistema tecnológico donde la información es el insumo y el producto principal. Es preciso que las redes canalicen intercambios sustantivos de bienes y servicios, desarrollando relaciones de complementariedad entre los distintos elementos de la economía popular, tensionando las microestructuras en el juego estimulante de ser necesario para otros y requerir de otros en relaciones dinámicas. Mercados solidarios puede ser la palabra adecuada para describir esas redes.

Para el conjunto de las actividades económicas populares es preciso el desarrollo de actividades colectivas de reproducción con alto componente de solidaridad y de voluntad, pero también es preciso el desarrollo de la interdependencia mercantil, intercambiando los trabajos particulares a través de la forma de mercancías que se venden y compran con dinero. Aunque se use el mismo dinero del mercado capitalista, el mercado es un sistema de relaciones, en que se establecen precios en base a relaciones mecánicas, pero también de poder, a acuerdos o poderes de regulación o autoregulación, etc. y en ese sentido el mercado capitalista controlado por los poderes monopólicos y sometido a una competencia salvaje, no es el único mercado posible. Es posible tener relaciones de mercado que no sean las que caracterizan el intercambio desigual capitalista ni tampoco el canibalismo que a veces caracteriza el mercado de los vendedores ambulantes o los transportistas urbanos.

Hay algunas corrientes de promoción popular que ven en el mercado una institución hostil, de la misma manera que ven en el poder político y sus mecanismos una institución hostil. Creo que hay que revisar esas dos caracterizaciones porque es casi imposible lograr un efecto a escala y sinergia solamente con micro intervenciones solidarias. El control ético personalizado de los comportamientos sólo puede lograrse en grupos muy reducidos y en relaciones cara a cara. Por eso las sociedades han desarrollado sistemas de gobierno, normativos, de justicia y de control de los comportamientos. El hecho de que esos sistemas se hayan puesto al servicio de minorías poderosas o del capital no quiere decir que no sean necesarios como sistema pero con otro contenido: justicia social y democracia participativa.

Es necesario contar con sistemas de intercambio, de cooperación o de competencia cooperativa, de difusión de modalidades de consumo para otra calidad de vida, etc. para que pueda ponerse realmente en movimiento un proceso de autodeterminación de la economía de las mayorías. Es necesario el desarrollo de su capacidad sistémica para competir con las empresas capitalistas, lo que implica mecanismos de difusión de información y de conocimiento de alto dinamismo, con centros proactivos de desarrollo tecnológico y organizacional facilitando (o a veces limitando) la difusión de innovaciones y facilitando la cooperación entre emprendimientos y redes específicas, regulando los inevitables conflictos entre intereses particulares.

Hay algunas corrientes que quieren cuidar a los sectores populares de la excesiva innovación, del consumismo, del modernismo, que quieren conservar de alguna manera lo tradicional, lo comunitario, en desmedro de lo social y moderno. Esto nos parece totalmente válido como propuesta adoptada conscientemente por grupos que quieren vivir en esas condiciones de solidaridad plena y directa. Pero si queremos avanzar en el acceso al

desarrollo humano de los centenares de millones hoy excluidos o en proceso de pauperización, va a ser difícil que puedan resolver sus necesidades si no se ponen en marcha otras tecnologías, sistemas de difusión más abiertos y menos homogéneos ideológicamente, incorporando instituciones como el mercado, que pueden ser alienantes si quedan librados a la mecánica de la competencia global, pero son indispensables para coordinar sistemas complejos y altamente dinámicos.

Desarrollar un sistema de economía del trabajo requiere que las universidades y centros de investigación dejen de trabajar solamente como espacio académico y que comiencen a producir conocimientos que puedan ser puestos al alcance de las unidades de la economía popular, de sus redes, de sus cooperativas, partiendo de los problemas que experimentan o incluso proponiendo innovaciones con cierta autonomía.

El desarrollo de estructuras económicas para una mayor autodeterminación de las mayorías requiere también el desarrollo de nuevas formas de organización y de representación de sus sujetos-agentes, con identidad suficiente como para acordar programas y vías de acción coordinadas y negociar el contenido de las políticas públicas y las relaciones de intercambio con la economía del capital y la economía pública.

Doy un ejemplo, si se quiere lograr el desarrollo de una economía del trabajo en unos veinte años, estamos ante un proyecto transgeneracional y es esencial transformar cualitativamente una inversión fundamental para ese fin: la escuela. La reivindicación popular de que haya escuelas públicas gratuitas, y se asegure el acceso de todos a la escuela es válida pero insuficiente. Es fundamental cambiar lo que pasa adentro de la escuela, examinar qué clase de formación e información se da a nuestros niños y adolescentes, qué conocimientos transmiten y qué pedagogía utilizan maestros y profesores los forman, que vinculación tiene esa escuela con el mundo externo, que sensibilidades y valores, que disposiciones al emprendimiento, qué capacidad de defensa de los derechos, qué capacidades de organización, de interpretación del mundo, se desarrollan en la escuela.

Todos los que trabajan en Ongs saben lo difícil que es hacer participar a la gente. Como dicen los promotores, llega un punto que la gente se cansa, es muy difícil sentarlos y volver a sentarlos, el pragmatismo conspira para que participen si no ven resultados inmediatos. Pues todos los días tenemos a los niños y a los adolescentes sentados cinco o seis horas, resistiendo pasivamente a una educación cuyo sentido no ven o participando activamente en el proceso de producción de significados, de su desarrollo como personas, como ciudadanos, como trabajadores. Tenemos una oportunidad única para contribuir a un proyecto transgeneracional de desarrollo de otra cultura, de otros valores, del desarrollo de otras capacidades, que en buena medida es lo que requiere el desarrollo del capital humano, que es el principal recurso de la economía popular. ¿Lo estamos aprovechando? ¿Hemos incluido a los maestros y profesores como agentes fundamentales del desarrollo económico popular o seguimos propugnando concentrarnos en los sistemas informales de educación de adultos? Otro tanto pasa con el sistema de salud, hoy sujeto a reformas propiciadas por el neoliberalismo. Los procesos de transformación del sistema de salud se pueden pensar desde la economía popular, desde el desarrollo de esta economía, de sus relaciones, de lo que son los procesos de

salud-enfermedad, del sentido común sobre lo que es la relación paciente-médico, etc.

Es preciso sin duda avanzar en la reorganización política, hacia un sistema que permita el desarrollo de sujetos políticos colectivos capaces de ejercer un poder político-administrativo en representación de y con la participación de las mayorías. Desde esta perspectiva, el promotor de base que no se quiere contaminar con el mundo del poder o de la política limita su contribución al desarrollo de un sistema de economía popular, porque para que este sistema de la economía del trabajo pueda resistir el embate del capital se requiere la presencia del Estado, pero de un Estado democrático, basado en la democracia participativa, con funcionarios con otra concepción de su relación con la ciudadanía.

Las corrientes políticas y sindicales, los movimientos de derechos humanos, los movimientos étnicos, de género, generacionales, los movimientos de consumidores, son otras tantas formas de organización y de lucha que pueden contribuir al desarrollo de una economía del trabajo. No hay un único sujeto, no hay una única forma de organización o de acción, tiene que haber pluralismo de iniciativas. Puede ser que se estén recuperando para los trabajadores empresas que serían desguazadas y privatizadas, o regaladas por el Estado neoliberal al capital en su afán privatizador. Se puede estar trabajando con líneas de cooperación desde la base. Se puede trabajar con las organizaciones barriales. Los maestros, los pastores, los artistas, los médicos y shamanes, pueden ser activistas de estas transformaciones. No hay un sujeto privilegiado, o al menos yo no veo claro un único tipo de agente promotor, una única identidad a cargo de dinamizar este proceso.

El alcance de una reestructuración de la economía popular de este tipo sería equivalente al alcance que en esta época tiene la reestructuración del capital. Tan fuerte sería el cambio si se pudiera poner en marcha y estructurar un sistema de este tipo! Eso requiere coordinar acciones por un período prolongado, pero sin encasillarlas en esquemas ideológicos muy cerrados, pues eso puede matar la iniciativa. Tiene que haber algo parecido a la competencia cooperativa o la emulación en el logro de alcanzar una calidad de vida superior para todos. El pluralismo ideológico dentro de un espectro bastante amplio debe ser admitido. Hasta pragmáticamente, la heterogeneidad del punto de partida así lo requiere.

Por ello mismo, no puede presuponerse un sujeto sino que el o los sujetos colectivos tienen que ir configurándose durante el desarrollo mismo de las nuevas estructuras socioeconómicas. Desde ese punto de vista, una pieza clave de la propuesta de desarrollo de la economía popular es la democratización. No ayuda admitir cínicamente que la política es corrupta y que no se puede hacer nada con el mundo de la política para dedicarse a la activismo social, dejando la democracia y el control de los recursos públicos en manos de representantes políticos que sustituyan la voluntad de las mayorías. La lucha por la democratización va junto con la lucha por otras condiciones económicas. Pero además, el activismo en la sociedad no está exento de relaciones de poder y de generar otras estructuras de poder, pues es condición de su eficacia. Así, es fundamental confrontar a los monopolios de servicios, comerciales, financieros, a la corrupción pública, a la venalidad de la justicia.

Hay que trabajar por una comunidad con cero corrupción, o con un control real de la corrupción.

La lucha por transformar la economía popular implica la lucha contra los monopolios y esa lucha se potencia si hay un poder político democrático. Implica, claro, una transformación de la cultura, porque uno de los principales obstáculos es el sentido común legitimador de este sistema excluyente. Hay una cuestión de poder en el fondo, no es que las ideas neoliberales se impusieron en el mundo como un paradigma por su corrección teórica o su validez empírica; se impusieron por una correlación de poder previa que las entronizó como ideología dominante.

Los valores del mercado capitalista y la lógica estrechamente instrumental se han introyectado en el discurso y las acciones públicas, pero también en las de la gente. Si hoy hacemos una encuesta mucha gente va a decir “este político es corrupto pero hace obras”, y va a ver eso como positivo o lo va a aceptar como incambiable. O va a elegir alguien de fuerte personalidad o que promete represión fuerte o la pena de muerte, porque quiere tener protección ante la violencia de la calle. Entonces hay en el sentido común valores que tiene que ser contradichos, por eso que tampoco podemos dedicarnos a organizar actividades económicas y olvidar la lucha por otros valores morales.

Hay una lucha simbólica y creo que no corta a la sociedad como las clases. El parteaguas cultural no corresponde a la delimitación entre clases, Es más, hay sectores pobres que tal vez estén más dominadas por esos valores regresivos, y a la vez entre los sectores medios hay fuerzas progresistas importantes para un proyecto de este tipo. Los intereses estratégicos de buena parte de las clases medias y bajas pasan por una sociedad más integrada, no por una sociedad más polarizada.

Esta lucha simbólica requiere tratar de acceder a los medios de comunicación de masas. No es suficiente hacerlo con la conducta ejemplar de los promotores o ir convenciéndolos de a uno, casa a casa. Es necesario incidir también desde los medios de comunicación de masas, que hoy están globalizados y en manos de empresas capitalistas que producen una idea de la buena vida con la cual nos estamos enfrentando.

Ese sentido común legitimador tiene un elemento crítico, que abarca a la mayoría de la ciudadanía hoy: es la creencia de que la economía es una segunda naturaleza, es la creencia de que no se puede hacer nada con la economía, de que lo único que podemos es hacer algo con lo social, porque lo económico no es cambiable. Los gurús economistas, los que manejan los modelos económicos que comparten con el Fondo Monetario o el Banco Mundial, dicen que la economía (“su economía”) tiene leyes de hierro. Es más, los partidos progresistas de América Latina que aspiran a ser gobierno producen un discurso que reproduce en buena manera la política económica de los partidos que quieren desplazar. Se sustituye un equipo económico por otro que tiene la misma ideología económica, aunque tenga otros valores con respecto a la justicia, con respecto a la corrupción, con respecto a la distribución, y estas diferencias son muy positivas y no son meros matices por sus efectos sobre mucha gente, pero en lo que hace a la economía comparten la creencia de que éste es el único modelo. En el caso de la Argentina, se cree que no se puede tocar la convertibilidad porque va a sumir a la sociedad en un caos, y eso a mi juicio no es correcto.

Entonces, parte de la lucha por otra economía popular es disputar el monopolio del pensamiento único en la economía, hay que cambiar las políticas económicas, no es sólo cambiando la política social que se va a poder poner en marcha una economía popular.

Para terminar, había preguntas que tenían que ver con lo local y lo global. Yo creo que el ámbito local, el ámbito de las comunidades y de la sociedad local es un ámbito muy bueno para producir estos cambios, para trabajar en el cara a cara de los vecinos. Pero a la vez es muy limitado, es más, el contexto en que se inserta lo local es enormemente hostil. Por eso, al poco tiempo de avanzar localmente vamos a descubrir que no podemos consolidar el desarrollo de una economía del trabajo si no hay cambios en el sistema de justicia, si no acabamos con la impunidad, si no cambia el sistema de policía, si no cambia la política fiscal y la política económica en general. El contexto es muy hostil para el desarrollo de una economía del trabajo, y puede ser una lucha con muy pocos resultados, cualitativamente muy importantes pero sin escala ni sinergia, si no disputamos las ideas sobre la buena relación entre Estado, sociedad y economía, si no disputamos el poder democrático para cambiar esas políticas.

No podemos aceptar aquello de que hay que actuar localmente y pensar globalmente, hay que actuar globalmente también. Por eso es que es muy importante la solidaridad internacional. Por ejemplo, las nuevas organizaciones sindicales que empiezan a darse a nivel del MERCOSUR, son un recurso muy importante que tiene la economía popular, claro que esto requiere que el pensamiento sindicalista incorpore estas nuevas visiones de la economía popular y no solo la idea del proletariado enfrentado al capital en la fábrica.

Lo nacional me parece que debe ser recuperado y la idea de proyecto nacional que se decía hoy me parece que no podemos perderla y decir eso ya paso a ser historia. El nacional es un nivel intermedio entre lo local y lo global que es muy importante recuperar como horizonte de acción colectiva, y también el nivel latinoamericano, el nivel de América Latina.

Hoy en América Latina estamos fragmentados, son muy endeble las agregaciones, las solidaridades, hasta en el fútbol se nota esto, se puede notar en muchos niveles. A mí me duele que si Brasil disputa el campeonato mundial con Francia los argentinos quieran que gane Francia y que los brasileños quieran que Inglaterra le gane a Argentina. Esto me parece que es un símbolo de que estamos muy separados, de que es muy fácil dividirnos, a la vez que estamos en otros sentidos hablando de solidaridad.

Bueno, para terminar también es fundamental tener en cuenta los tiempos, el capital está imprimiendo una velocidad vertiginosa al cambio que casi no podemos seguir. A través de la literatura nos enteramos tarde de los cambios, como bien se ejemplificaba hoy. No va a ser instantáneo generar estructuras que hoy no existen, pero pensemos que alguna vez, hace más de cincuenta años, cuando se hablaba de industrializar América Latina eso parecía imposible, porque había que generar nuevas estructuras, generar industrias donde no existían, generar una clase proletaria donde no existía y en algunos países hasta había que generar una burguesía. Y hubo industrialización y hubo generación de nuevas clases y básicamente llevó

veinte años extender el proceso y las instituciones de la industrialización. El Silicon Valley, que se usa tanto como ejemplo, tardó veinticinco años en constituirse.

Los tiempos de estos procesos no pueden ser para mañana, tenemos que pensar por lo menos en dos décadas, pero a la vez es fundamental que todos los días veamos los avances. Tenemos que ir viendo que las propuestas que hacemos y que proponemos, como la cooperación, demuestran prácticamente ser mejores, no basta defenderlas con la argumentación. Hay que mostrar que son más efectivas, que la solidaridad es mejor que la competencia salvaje. Hay que aprender de las experiencias, exitosas o no, es muy importante ese seguimiento continuo de los procesos y aprender de la experiencia.

Todo esto es difícil y puede ser acusado de voluntarismo. No me cabe la menor duda de que es difícil, pero si el criterio va a ser la dificultad, pensemos en la alternativa. La alternativa es la catástrofe que ya tenemos, es esa sociedad a la que estamos yendo. No me preocupa la crisis futura del sistema capitalista o del capital, o del capital financiero y sus consecuencias, tanto como la crisis hoy que vivimos todos los días, la extrema dificultad para tener una vida digna de las mayorías. Hoy hay una crisis de reproducción en América Latina que no sale en los diarios como tal, que aparece como violencia, que aparece de maneras sórdidas. En cambio, los vaivenes de las bolsas aparecen como gran noticia, mientras esta crisis profunda, degradante, de pérdida de autoestima, de pérdida de identidad, de pérdida de expectativas, ya está aquí y es la que tenemos que superar. La tarea es de gran magnitud y por lo tanto requiere que trabajemos juntos, que veamos si podemos buscar esa famosa sinergia, trabajar en la misma dirección, no dispersarnos, no competir entre nosotros sino buscar caminos para trabajar juntos esta dirección.

Muchas gracias.